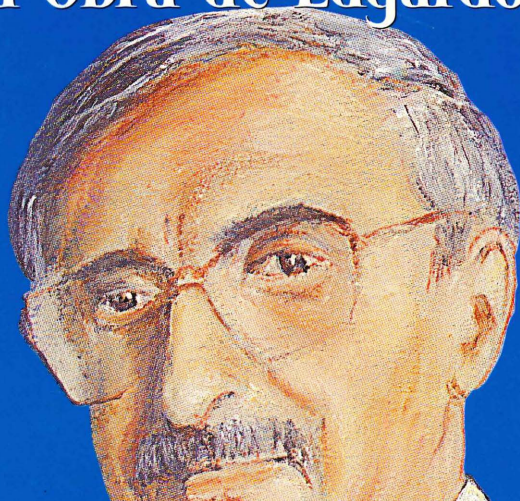


DE LO ANDINO A LO UNIVERSAL

La Obra de Edgardo Rivera Martínez



Capítulo 14

A textured oil painting of a person's torso and arms holding a book. The book cover is green and features the title 'Punto de Junza' in white cursive script at the top. Below the title is a red, stylized illustration of a bull or a similar animal. The person's skin is rendered in warm, golden-brown tones with visible brushstrokes.

Punto de Junza

César Ferreira e Ismael P. Márquez, Editores

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU

FONDO EDITORIAL 1999



Primera edición: marzo de 1999

Cubierta: Dixie Ann Márquez y Michael Steele

De lo andino a lo universal. La obra de Edgardo Rivera Martínez.

Copyright © 1999 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Av. Universitaria, Cuadra 18 San Miguel. Lima, Perú.
Telfs. 460-0872 - 460-2291 y 460-2872 Anexos 220 y 356

Derechos reservados

ISBN 9972-42-157-0

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Impreso en el Perú - Printed in Peru

EDGARDO RIVERA MARTÍNEZ Y LO REAL MARAVILLOSO EN EL ANDE

Ricardo González Vigil

Pontificia Universidad Católica del Perú

La publicación de *Azurita* (Lima, Lasontay, 1978; 149 pp.) está destinada a consagrar definitivamente el nombre de Edgardo Rivera Martínez entre los cuentistas peruanos en actividad. El reducido tiraje de sus obras anteriores (*El unicornio*, 1963, y *El visitante*, 1974) ha conspirado hasta ahora escatimándole el reconocimiento que reclama. Y que obtiene precisamente en un momento de despliegue de la narrativa nacional.

Rivera Martínez (Jauja, 1935) ha congregado en *Azurita* textos que transcurren en la Sierra, declinando para un próximo volumen la difusión de páginas ubicables en otros ámbitos. Figuran los cuatro cuentos de El unicornio (“El unicornio”, “Vilcas”, “Adrián” y “Las candelas”) y la espléndida prosa “Amaru” (apareció en el número 19 de la revista *Creación & Crítica*, en 1976), junto con tres narraciones inéditas: “Azurita”, “Marayrasu” y “Ave Fénix”. De tal forma que podemos aquilatar la cohesión y riqueza del universo andino que retrata Rivera Martínez, las líneas de fuerza y las coordenadas operantes a lo largo de veinte años de escritura (el cuento más antiguo pertenece a 1954) y a través de diversos temas y perspectivas, convocando permanentemente a las variaciones introducidas, otorgándole un sello y una cifra -una clave- inconfundibles.

El acercamiento de Rivera Martínez al mundo andino es bastante peculiar e intransferible. Germinó en los años que dominaban la narrativa nacional de los autores de la "Generación del 50" (J.R. Ribeyro, C.E. Zavaleta, E. Congrains, etc.), con su tratamiento neorrealista de los problemas urbanos y sus divergencias respecto a las promociones indigenistas de las décadas precedentes. Menos acentuada, pero estéticamente, fecundo en grado similar, se desarrollaba entonces protagonizada por Eleodoro Vargas Vicuña, una tendencia que podríamos calificar de "neoindigenista". La lección de Arguedas triunfaba: el indigenismo pasaba a ser "interno" más que "externo", asumiendo la mentalidad mítica y mágica sin motejarla de supersticiosa o alienada; por otro lado, la denuncia del orden social injusto se tornaba más velada e indirecta, cediendo terreno a la indagación psicológica, o, en todo caso, etnológica.

El registro de Rivera Martínez es hasta cierto punto clasificable dentro de esta renovación del indigenismo, a la que confiere una atmósfera fuertemente contemplativa (filosófica, ontológica, panteísta). Debe aclararse, eso sí, que el interés por estas meditaciones no es privativo de su integración al horizonte andino o a la mirada mítica, sino que impregna toda su producción como puede constatarse en la novela corta *El visitante*.

El entorno social y familiar, de rasgos geográficamente reconocibles, no es descuidado normalmente por Rivera Martínez, quien procura establecer primero con nitidez la trama (personajes y acontecimientos) para luego abordar, expresándolo o sugiriéndolo, la simbología que tejen sus reflexiones. Por eso, las cuestiones filosóficas que se ventilan calzan perfectamente con el cuestionamiento de la realidad concreta que sus criaturas padecen, especialmente en el caso de "Marayasu", "Ave Fénix" y "Amaru".

En *Azurita* rige una continua antítesis entre la inteligencia y el misterio, la razón y las fuerzas oscuras (insinto, sueño, imaginación mítica), el presente histórico y el tiempo primigenio, la luz y las tinieblas, la identidad (individualidad existente) y la nada. El polo soterra-

do y ciego de dichas oposiciones, normalmente constreñido o en estado latente, aguarda el momento propicio para manifestarse y visitarnos (“el visitante”) como una aparición inasible del misterio, como el secreto ritual del universo continuamente devuelto al ser, de la naturaleza perpetuamente resurrecta a la vida (el ciclo telúrico de verano-vida-invierno-muerte, primavera-resurrección).

Es sintomático que la mayoría de los cuentos nos instale en espacios clausurados y sin luz, con mucho de fosa (muerte) o útero (nacimiento, resurrección). dos de ellos son recurrentes: las galerías de una mina y las naves de un templo cristiano (este último presente en los dos textos más alegóricos “Ave Fénix” y “Amaru”), descritas como un horizonte asfixiante al cual se intenta vencer o dinamitar. Y así como sus personajes han optado por el silencio de la naturaleza, aceptarán enfrentarse a su “destino” de vivir entre las sombras, en una comunión estoica y austera con los “decretos” de la vida.

La explotación económica y la persecución política, así como la represión cultural, afloran en las páginas de “Azurita” otorgando una dimensión “realista” y “comprometida” a la dialéctica entre la luz (el fuego) y las tinieblas (las cenizas). Esta dialéctica y su síntesis en el perpetuo renacimiento acude al simbolismo europeo del “Ave Fénix”, que renace de sus propias cenizas, y andino del “Amaru” (serpiente que regresa a la superficie terrestre anunciando grandes trastornos y cambios, tal como ha logrado expresarlo excelentemente Arguedas en sus poemas y en *Todas las sangres*).

Además, en el caso de “Amaru”, se torna patente nuestra configuración nacional, escindida entre raíces prehispánicas y troncos europeos (las construcciones de los conquistadores edificadas entre muros indígenas). Latente, el legado antino pugna por manifestarse triunfal, como en el mito de Inkari y el capítulo inicial de 1.

No quisiéramos concluir este comentario sin señalar que la calidad de los cuentos recogidos en *Azurita* es notable en forma tan pareja que se torna difícil elegir entre ellos. Pero el último de los textos, también

el más reciente, posee una perfección y un virtuosismo de orden todavía superior. Nos referimos a “Amaru”. No se trata propiamente de un cuento, sino de una partitura poética en prosa, de un discurso lírico-narrativo de fascinante factura verbal. Reparemos que constituye la pieza que más rompe con la textura “tradicional” de la prosa. Y la excelencia del experimento pareciera confesarnos que el territorio más entrañable de Edgardo Rivera Martínez se sitúa en la prosa rítmicamente elaborada, en la magia musical de la frase: predios de la poesía magníficamente adecuados para la expresión del misterio y de los mitos primordiales, como lo demostrara ya el gran Eguren en *Motivos*.

[“Suplemento Dominical” de *El Comercio*, Lima, 2 de abril de 1978.]